

el programa comunista

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la reivindicación de la línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoral.

- el programa comunista / Revista teórica: 3 € - **il Comunista** / Bimestral: 1 € - Susc.an.: 6,5 €; Susc. de sostén: 16 € - **le prolétaire** / Bimestral: 1,5 €; Susc.an.: 8 €; Susc. de sostén: 16 € - **programme communiste** / Revista teórica: 3 €

suplemento al N. 44 de el programa comunista
Octubre de 2003

Europa: 0,50 € - A.L.: US \$ 0,5

Las lecciones del fracaso sangriento de la experiencia chilena en 1973

Se dice que el hombre es el único animal que se golpea dos veces con la misma piedra. Einstein afirmaba que el eslabón perdido entre el hombre y el chimpancé había que buscarlo en nosotros. Pues bien, a 30 años de distancia las experiencias actuales en América Latina parecen querer repetir el Chile de Allende. En tal sentido la izquierda latinoamericana condenada por la historia, se condena hoy en día a repetir los mismos errores del pasado.

Sin embargo en esta oportunidad las masas proletarias han demostrado ir más lejos del cuadro a donde esta izquierda siempre las quiere invitar. Entre treinta años, además del visible desarrollo social y económico, el movimiento proletario se ha endurecido, las pruebas las aportan los mismos reformistas que tratan de sobrevivir sin quedarle otro remedio que «seguirlo»...

¿Seguirá atado el proletariado latinoamericano a las desastrosas políticas reformistas o, como decimos en «Chile a 30 años de distancia», volverá a: **colocarse en el terreno de la lucha de clase**; es decir, de **romper con el interclasismo, con la unión popular o nacional, con las masas burguesas y pequeño-burguesas, de constituir su partido revolucionario de clase, internacionalista e internacional**, con la finalidad de comprometer la **lucha abierta contra el orden burgués** no en la perspectiva de **reformar, nacionalizar o democratizar al capitalismo**, sino en la perspectiva de **destruirlo** para instaurar en la brevedad la **dictadura del proletariado**?

CHILE Y VENEZUELA

En muchos aspectos el golpe de Estado que derrocó al gobierno de Allende y la Unidad Popular, se asemeja en su realización y composición al proceso reformista-golpista que vive el proletariado venezolano actualmente con el gobierno de Chávez. Como ya habíamos

denunciado en el artículo precedente [El golpe de Estado fallido es una advertencia al proletariado (1)], ya Chávez en la segunda mitad del año 2001 había atacado a las masas proletarias imponiendo medidas de austeridad y dejando flotar la moneda nacional (el bolívar), haciendo que se disparara la inflación, e incluso se había opuesto con pugnacidad a los trabajadores petroleros que en diciembre de 1999 y enero 2000 debían discutir un nuevo contrato colectivo.

Hecho insólito fue el despido de 16 mil trabajadores de la empresa PDVSA, bajo la acusación de contubernio con los conspiradores golpistas (tantos?) y un pretexto para darles una lección retaliativa a estos últimos. Tremenda y grave impostura: meses antes del lock-out patronal, el presidente de la transnacional petrolera, el entonces general Guaicaipuro Lameda, advertía sobre los enormes costos operativos y el enorme pasivo que representaba esta masa laboral *«por cada dos trabajadores de PDVSA, uno sobra»*. El despido de 16 mil trabajadores no obedeció sino a la pura lógica de renta capitalista: la plusvalía debía pasar por encima de toda consideración soberana o patriótica!

A grosso modo Chávez ha dado todas las garantías, como Allende en su tiempo, a las clases dominantes para una «modernización del aparato productivo y unas instituciones políticas y jurídicas correspondientes a esta modernización», una «participación» mayor y democrática de las masas explotadas en las decisiones gubernamentales, etc., (maniobras de bajo politicantismo destinadas sólo a ilusionar a las masas laboriosas para que estas presten mayor confianza en las decisiones gubernamentales). E igual que en el período de Allende, si bien los putschistas del 11-13 de Abril (como los del 29 de Junio de 1973) fueron alejados, los mismos obtuvieron todo cuanto no podían obtener por vía democrática y electoral, las mismas ventajas, perdones

y prebendas que les permitió - ¡lo que ya estaba previsto! - proseguir con el sabotaje y lock-out patronal de diciembre 2002-marzo 2003. ¡Y que en Chile significó abrir las puertas al sangriento golpe de Estado del 13 Septiembre de 1973!

Con tal dramática historia Chávez ha persistido en su gobierno interclasista y reformista, y hasta ahora los planes de reformas sociales y económicas para nada han tocado los intereses del capital. Gracias a los prominentes recursos petroleros este ha podido paliar mas no acabar con el descontento social. Si las estadísticas que se publican mundialmente pueden gozar de alguna confianza, las mismos indican que las reservas internacionales de Venezuela están en \$19 millardos, las ventas del petróleo en más de 3 millones de b/d a un precio nominal de \$20 y las necesidades energéticas mundiales continúan en aumento. Sin embargo, el desempleo sigue perniciosamente cuesta arriba y el aparato productivo sigue paralizado. Los alimentos y productos de primera necesidad, importados en su mayoría, no soportan la presión real de los precios (mercado negro) y todas las ganancias petroleras se van en gran parte en pagar al precio duro estos productos en el mercado internacional.

Ya vemos pues en qué se sostiene el gobierno de Chávez, cuya labor hasta ahora ha sido la de tratar de invertir la tendencia y desarrollar el capitalismo nacional, cosa que a corto término será muy difícil y a largo plazo será imposible, dado que la «economía venezolana» desde hace decenios está inscrita en los destinos de la economía mundial. Para

(sigue en pág. 2)

EN ESTE SUPLEMENTO

- Chile, a treinta años de distancia
- El carácter desastroso de la política de los frentes populares

Las lecciones del fracaso sangriento de la experiencia chilena en 1973

desarrollar una - hipotética - vía nacional al desarrollo capitalista «sostenido», Chávez se apoya sobre «el pueblo soberano», es decir el vasto magma popular e interclasista. Deberá entonces contar con la mansuetud del proletariado a dejarse engañar, de desviar su cólera y bloquear sus luchas y hacerle soportar las embestidas del capitalismo, de hecho en sectores de las amplias masas que apoyan incondicionalmente a Chávez aceptan que «no se le ve el queso a la tostada». Si esto no llegara a suceder, si este apoyo incondicional se reduce como piel de zapa, como los marxistas ya sabemos, y el proletariado venezolano continuase avanzando en sus reivindicaciones, entonces será el mazo de la represión que se desencadenará sobre él despiadadamente. Como en el Chile de Allende, ya oiremos las condenas de los reformistas y estalinistas, hacia las huelgas obreras que le «hacen el juego a la oposición», de que los «extremos se juntan» (extrema izquierda = extrema derecha), etc., etc..

Al contrario, si para el proletariado venezolano las lecciones del intento de golpe de Estado pasado se encuentran en el fracaso de el mismo, es decir, en la poderosa movilización de esos días que hizo posible el retorno de Chávez quien ya estaba **resignado a la victoria de los putschistas**, este deberá movilizarse no ya para defender la democracia - ¡verdu-

go que ya asomó su verdadera faz el 11 de Abril de 2002! -, sino para asegurar el desarrollo de sus luchas de manera independiente y revolucionaria hasta la toma del poder real, su dictadura y su partido de clase.

Vale, pues, la pena recalcar nuevamente que para los proletarios el 13 de Abril contiene varias demostraciones: 1) que la potencia de las masas, una vez que estas se ponen en movimiento en la calle sin dejarse frenar, pueden obtenerlo todo; 2) que cuando estas se dejan engañar por burgueses y reformistas, si no están organizadas de manera independiente y si no luchan por sus exclusivos intereses de clase, los resultados son catastróficos y sangrientos; 3) del hecho que Chávez había «escogido» el campo de la burguesía y no el de las masas en la calle; 4) del hecho que la burguesía no vacila en violar democracia, legalidad, constitución y sacar las armas para defender su intereses exclusivos de clase, y de seguir este ejemplo no para deplorar ni lamentar esta violación de su propio juego, no teniendo ya ningún escrúpulo en el momento de rechazar los ataques contrarrevolucionarios; y, 5) de que si hoy ha operado torpemente, y que si no es por Chávez pierde la apuesta, la capa dirigente de la burguesía desarrollará mañana el golpe (incluyendo el magnicidio) mejor y hasta sus últimas consecuencias.

Hoy se conmemoran los treinta años del golpe de Pinochet, con gran estruendo por Allende y por el fracasado proyecto de la U.P., vieja retórica pacifis-

ta y reformista, o laudatorios con respecto a la figura del presidente chileno. Nosotros, marxistas, recordamos igualmente el sangriento golpe pero en el sentido de las lecciones que esta dolorosa y trágica experiencia no se vuelva a repetir, para que en el futuro la burguesía y el imperialismo puedan encontrar a un proletariado revolucionario en armas y movilizado por millones en las calles. ¡Recordarlo también para señalar a los empedernidos reformistas latinoamericanos lo errores que siempre cometerán!

¿Que «la emancipación de la clase obrera, será obra de ella misma?» ¡Si, pero organizada en partido político revolucionario, *contra todos los otros partidos y agrupaciones burguesas y contra todas las otras clases sociales*, y por la instauración de la Dictadura del Proletariado! He aquí el sentido impreso por Marx y Engels a su frase epistolar tantas veces desnaturalizada, enviada a la Dirección de la Primera Internacional. Hoy, con las experiencias del proletariado chileno y venezolano, a treinta años de distancia una de la otra, esta frase cobra toda su fuerza. Volviéndola a leer dentro de su contexto, percibimos que jamás ha perdido actualidad.

Septiembre de 2003.

(1) «El Golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado», suplemento a «El Programa Comunista», agosto de 2002.

Chile, a treinta años de distancia

Hace treinta años, en septiembre de 1973, el sangriento golpe de Estado propinado por el general Pinochet derribaba al gobierno de la Unidad Popular de Allende y desencadenaba una feroz represión contra los proletarios y militantes obreros: la pretendida «*vía chilena al socialismo*», pontificada por los reformistas de todos los países, se revelaba ser, como lo escribíamos en aquel entonces, la vía única de la contra-revolución, la vía que lleva a la masacre de la clase obrera. Hoy, en que la persistente crisis económica en América Latina (la CEPAL, comisión económica de la ONU para América Latina, habla de «6 años perdidos» para el crecimiento económico en la región) gruesa de dificultades políticas para la burguesía, vemos reaparecer en primer plano la zanahoria y la estaca del orden burgués, es decir, dos métodos utilizados alternativamente por la burguesía contra los proletarios: las ilusiones reformistas y populistas y las amenazas golpistas. Tal como hace treinta años, la historia comienza a colocar de nuevo,

concretamente, al proletariado frente a la alternativa: o bien de ser un juguete del reformismo hasta que caiga el mandamiento final, o de colocarse en el terreno de la lucha de clase; es decir, romper con el interclasismo, con la unión popular o nacional con las clases burguesas y pequeño-burguesas, de constituir su partido revolucionario de clase, internacionalista e internacional, con el fin de comprometer la lucha abierta contra el orden burgués, no en la perspectiva de reformar, nacionalizar o democratizar al capitalismo, sino en la perspectiva de echarlo abajo luego de haber instaurado la dictadura del proletariado. Para que las víctimas de 1973 - víctimas no sólo de los golpistas chilenos y de sus padrinos imperialistas, sino también de los ilusionistas reformistas - no hallan caído en vano, para que la tragedia de ayer no se repita hoy, es indispensable recordar las enseñanzas cruciales de esa terrible experiencia.

El 5 de Septiembre de 1970, Allende conquistaba la cabeza de la elección pre-

sidencial con 36,3% de votos frente a 34,98% del candidato de la derecha reaccionaria (Partido Nacional) y 27,84% del candidato del partido burgués tradicional, la Democracia Cristiana. En su discurso de la tarde del 5 de Septiembre, luego de la victoria electoral, Allende decía, en medio de frases líricas y demagógicas acerca del «*gobierno revolucionario*»: «*Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.*» Y, más abajo: «*Cuando un pueblo ha sido capaz de esto, será capaz también de comprender que sólo trabajando más y produciendo más podremos hacer que Chile progrese (...). Nunca, como ahora, sentí el calor humano; y nunca, como ahora, la canción nacional tuvo para*

ustedes y para mí tanto y tan profundo significado. En nuestro discurso lo dijimos: somos los herederos legítimos de los padres de la patria, y juntos haremos la segunda independencia: la independencia económica de Chile».

Tal discurso, donde no faltaban ni la puesta en guardia contra las «provocaciones», ni el llamado a evitar todo espíritu de «venganza», no buscaba sino tranquilizar a la burguesía, en caso de que esta lo exigiese, sobre las reales intenciones de la Unidad Popular. Como ningún candidato había obtenido la mayoría absoluta, le tocaba en efecto al parlamento, mayoritariamente conservador, de confirmar como era la costumbre, o de rechazar, la ascensión de Allende a la presidencia. Mientras que el Partido Nacional y la extrema derecha lanzaban una furiosa campaña contra la confirmación y por el establecimiento de nuevas elecciones (el general Schneider, jefe del estado mayor del ejército, que había declarado que un gobierno Allende era el único capaz de prevenir una insurrección popular, fue asesinado por un grupo de extrema derecha), la Democracia Cristiana decidía votar por Allende, luego de la firma de un acuerdo donde los partidos de la U.P. se comprometían a respetar las instituciones del Estado, la policía y muy particularmente la autonomía de las Fuerzas Armadas (¿No es el ejército el máximo instrumento de la burguesía?). ¡El representante de la pretendida vía chilena al socialismo accedía a la presidencia gracias al principal partido burgués!

El programa de la U.P. - constituido por el Partido Socialista, el Partido Comunista y un pequeño partido del centro - no era en realidad otra cosa que una versión del antiguo programa demócrata-cristiano, condimentado con una gruesa capa de demagogia «socialista»; este correspondía a las necesidades de desarrollo del capitalismo autóctono: liquidación del sector latifundista retardatario que representaba una verdadera carga para la economía nacional (25% de la población activa se encontraba en la agricultura), retomando y profundizando la reforma agraria puesta en marcha bajo la presidencia demócrata cristiana; fin de la tutela del imperialismo, nacionalizando las industrias extractivas que se encontraban en manos de las grandes multinacionales, así como los «monopolios» extranjeros que estrangulaban a las empresas chilenas; acrecentamiento del rol del Estado en la economía, principalmente mediante el crédito, a fin de dirigir una parte más grande de los recursos hacia el desarrollo del capitalismo nacional. ¡Esto no tiene nada de «socialista» ni de «revolucionario»!

El carácter radical de las famosas nacionalizaciones realizadas por el gobierno de la U.P. debe ser particularmente relativado, ya que no sólo nunca se trató de expropiar los intereses imperialistas, sino

de volver a comprar sus empresas - y a precio gordo: la nacionalización de la industria del cobre, la más importante riqueza nacional, fue así un desastre para las finanzas del país. ¡Habiéndose desplomado los cursos mundiales del metal, en lugar de obtener recursos suplementarios de la nacionalización, el Estado tuvo que consagrar una parte importante de su presupuesto para pagar a los antiguos propietarios imperialistas!

Además que ya en el período precedente 40% de la industria chilena formaba parte del sector del Estado: la debilidad de la burguesía local imponía un rol prominente al Estado en la acumulación capitalista y en el desarrollo de la economía nacional.

Hacer pasar el desarrollo del capitalismo de Estado por socialismo ha sido siempre una de las mistificaciones más peligrosas del reformismo, que desde un principio los marxistas han combatido: estos han afirmado que más el Estado hace pasar fuerzas productivas bajo su ala, más este explota a los proletarios y más este se transforma en capitalista colectivo (cf Engel, «El Anti-Dühring»). Es decir que la vía al socialismo no puede comenzar que por la **destrucción del Estado burgués** y la instauración de la **dictadura del proletariado**. La vía reformista que defiende al Estado y las instituciones burguesas y llama a los trabajadores a movilizarse en defensa de la economía nacional, es en consecuencia una vía **capitalista, anti-proletaria**.

La demagogia «socialista» de la U.P. era necesaria para los reformistas en una situación donde desde hacía algunos años se asistía a una agravación de la agitación social. El fin del mandato del presidente demócrata cristiano Frei había sido marcado por la crisis económica, las huelgas que pasarán de 1.939 en 1969 a 5.295 en 1970 junto a un movimiento de campesinos sin tierras que amenazaba a los grandes propietarios; durante la campaña electoral se desarrolló el primer movimiento nacional campesino de la historia del país, así como una huelga general. Esta demagogia sobre la vía al socialismo y al «poder popular» tenía por objetivo el de hacer adherir a los proleta-

rios a esta vía integralmente capitalista, de hacerlos trabajar más, como en su discurso Allende lo había anunciado claramente. Los sectores dirigentes de la burguesía no se equivocaban: cuando Allende anunció la nacionalización de las minas de cobre, el gran cotidiano reaccionario «El Mercurio» sostuvo esta medida diciendo que era inevitable; luego, cuando un acuerdo fue establecido en Diciembre de 1970 entre el gobierno y la central sindical C.U.T. en el cual el sindicato se comprometía a hacer aumentar la producción como contrapartida a su participación en la elaboración de la política económica gubernamental (medida llamada «socialista»), «El Mercurio» se felicitó de que esto era un método para hacer disminuir las huelgas. Y a propósito de la reforma agraria, el mismo órgano de los círculos burgueses más influyentes refería en Enero del 71 que había una reforma oficial correcta, y una otra, la del «hecho consumado» bajo la presión «de campesinos y comunistas». El gobierno comprendió esta protestación y reprimió las ocupaciones de tierras por los indios mapuches: «Ocupar la tierra es violar un derecho», afirma entonces Allende. Pareciera oírse al ministro de la reforma agraria (¡trotskista!) del gobierno actual de Lula condenando las ocupaciones salvajes de tierra por los campesinos sin tierras...

El problema es que la dinámica de los enfrentamientos entre las clases no puede respetar los límites que los reformistas quisieran darle. El temor de los grandes propietarios delante de la generalización del movimiento espontáneo de ocupación de tierras por parte de los campesinos se traducía en el plan político con la agitación anti-gubernamental de la extrema derecha, mientras que el desarrollo de las huelgas, luego de la disipación de la euforia inicial, alimentaba la desconfianza de la burguesía hacia un gobierno que se mostraba cada vez más impotente para calmar las tensiones sociales. Las dificultades económicas (en parte debidas a esta desconfianza creciente de la burguesía) se manifestaban por un aumento

(sigue en pág. 4)



Luego del «Tancazo», el PC manifiesta bajo el eslogan: «No a la guerra civil!», desarmando a los proletarios; entretanto, la burguesía prepara el verdadero golpe de Estado

Chile, a treinta años de distancia

de la inflación: 140% en 1972, más de 300% en 1973 y la penuria de bienes de consumo, de la cual sufrían las masas proletarias principalmente. Las tentativas del gobierno de modernización capitalista del país le valieron además la hostilidad de cada vez más sectores de la pequeña burguesía, ya tradicionalmente reaccionarios; la perspectiva de crear una compañía nacional de transporte, que habría significado su sentencia de muerte, conllevó en Octubre de 1972 la revuelta de los artesanos camioneros (entre los cuales uno de sus portavoces era también dirigente del grupo de extrema derecha «Patria y Libertad»), al cual se incorporan una multitud de capas pequeño-burguesas (abogados, médicos, comerciantes, etc. se declararon también en huelga), poniendo al gobierno de rodillas. Un lock-out patronal se generalizó en muchos sectores. A este cuadro no hay que olvidar de agregar la acción del imperialismo estadounidense que veía con malos ojos las tentativas de independencia económica del gobierno chileno, así como sus propósitos anti-americanos o sus gestos en dirección a Cuba.

Delante del descontento de ciertos sectores burgueses, la U.P. había ya decretado la «pausa» de su programa social. Frente a la revuelta de la pequeña burguesía, a la agitación de la extrema derecha y mientras que los proletarios habían dado respuestas en numerosos lugares al lock-out patronal, mediante las ocupaciones de empresas y la constitución de diversas organizaciones y coordinaciones reagrupando a los trabajadores y la población de un mismo sector - los «cordones» -, la U.P. invita, al lado de los bonzos sindicales de la C.U.T., a los militares a formar parte de su gobierno desde Noviembre de 1972. Se trataba de dar a los proletarios la impresión de estar representados en el gobierno (los obreros de las cementeras del Estado en huelga habían recientemente destrozado «su» ministerio) mostrando a la burguesía que la U.P. era cuidadosa del orden establecido y que no vacilaría en oponerse a los «extremistas». Es en esta época que fue aprobada la ley contra la posesión de armas de fuego, la cual no será utilizada sino contra la extrema izquierda en las semanas precedentes al golpe de Estado de Septiembre 73, como preparación a este.

En aquellos momentos escribíamos: *«En la medida que Allende, los 'socialistas' y el P.C. sean capaces de contener las reivindicaciones del proletariado y campesinado pobre al mismo tiempo que se 'desarrolla la nación' sobre su lomo, la burguesía, que tiene fino instinto, las tolerará. Pero si la acción anti-capitalista del proletariado pasaba por encima de la fraseología de izquierda del gobierno, entonces la reacción en-*

traría en acción, armada hasta los dientes» (cf «Le Prolétaire» n° 138, 13-26/11/72).

Durante los primeros meses de 1973 la tensión social no cesó de aumentar; decenas de empresas permanecían ocupadas por los trabajadores, mientras que la U.P. estaba preocupada sobre todo por las elecciones municipales. El P.C. realizaba campaña sobre el tema: *«No a la guerra civil»*. Este mensaje no se dirigía por supuesto a la burguesía quien no iba a pedirle consejos al P.C., sino al proletariado: para evitar provocar la guerra civil, los proletarios deberán moderar sus reivindicaciones (*«había que frenar la ocupación de empresas, dar garantías al empresario privado y contener toda movilización popular estrictamente dentro del cuadro legal»*) declaraba años más tarde un dirigente del PC (cf «El Chile de Luis Corvalán», Editorial Fotamara, p.215). ¡La gran huelga durante 2 meses de los 13.000 mineros del cobre de El Teniente fue condenada por los partidos de izquierda bajo el pretexto de que era irresponsable reivindicar aumentos de salarios cuando la inflación era ya tan elevada! Los mineros fueron acusados de corporatismo y de hacerle el juego a la oposición burguesa por el hecho de defender sus salarios roídos por la inflación: según los partidos de la Unidad Popular, estos habrían debido aceptar sacrificarse para no obstaculizar la política económica de un gobierno que no deseaba bajo ningún pretexto atacar los mecanismos económicos del capitalismo ¡y que por consiguiente atacaba a los proletarios! El gobierno temía que una victoria de los mineros alentaría a otros obreros a entrar también en lucha. En el plano político, ello habría arruinado el difícil equilibrio de la Unidad Popular entre sus discursos «socialistas» y su sumisión en la práctica a los imperativos burgueses. El gobierno de la U.P. se había fijado como objetivo llegar a un compromiso en el parlamento con la Democracia Cristiana para nacionalizar unas cuarenta empresas ocupadas y entregar las otras a sus propietarios. Numerosas manifestaciones obreras se desarrollarán entonces contra la amenaza de retorno de los antiguos propietarios y harán abortar este compromiso.

Es en tal situación que en Junio de 1973, prorrumpió el «Tancazo»: una tentativa de putsch por parte de un regimiento de tanques de la capital. Esta acción prematura cuyo inspirador era «Patria y Libertad», no fue seguida por el resto del ejército y es abortada rápidamente. El secretario general del PS, Altamirano, afirmaba en un discurso destinado a los proletarios: *«Jamás la unidad de todas las fuerzas revolucionarias sin excepción ha sido más vigorosa y decisiva que en esta defensa de la patria amenazada. Jamás se ha producido como hoy una identidad tan grande entre el pueblo,*

las Fuerzas Armadas y los carabineros, identidad que se reforzará todavía más en el curso de cada combate de esta guerra histórica. El pueblo en civil y el pueblo en uniforme no son más que uno».

En realidad el «tancazo» había servido de ensayo general. Mientras que la efervescencia se propalaba a gran escala entre las masas luego del fracaso del golpe de Estado, el gobierno de la U.P. no tomaba ninguna medida seria contra los verdaderos responsables del putsch y los altos responsables militares que expresaban simpatía por los putschistas. Lejos de buscar apoyarse en la movilización de las masas a las cuales se les temía más que a los golpistas, este se tornó hacia el ejército haciendo entrar a su jefe de estado mayor, el general Prats, en el gobierno; declarando el estado de urgencia, lo que significaba dejar al ejército las manos libres para dividir en zonas a la capital. Este último multiplica rápidamente los allanamientos brutales y la búsqueda de armas... en las fábricas, los barrios obreros y en los locales de los grupos de extrema izquierda cuyos militantes eran buscados por la policía militar. Esta se lanzó en una gran campaña de intimidación contra las zonas campesinas mapuches a partir del mes de Agosto. Los medios del Estado multiplicaban los ataques contra la «subversión» mientras que el gobierno se declaraba presto a adoptar una serie de medidas demandadas por la Democracia Cristiana para proteger los intereses de los grandes terratenientes o de los patronos. El gobierno había cedido en efecto a la presión de los sectores burgueses más duros a pesar que los golpistas habían sido vencidos...

Mas, en lugar de satisfacer a la clase dominante, estas retiradas no hacían más que reforzar a aquellos que estimaban que el tiempo del gobierno de Allende ya había terminado y que era hora de pasar a la represión abierta y brutal del proletariado, barriendo de paso a los reformistas: para la burguesía, el enemigo a cargarse no era Allende o su gobierno, sino el **proletariado**, a las masas explotadas y oprimidas, cuyo movimiento amenazaba los intereses capitalistas. Los putschistas de Septiembre 73 efecieron a Allende un salvo-conducto (que este rechazó), mientras que a los proletarios no sobrevendrán sino las balas, las salas de tortura y las prisiones. La metódica preparación del verdadero golpe de Estado (con la ayuda de los servicios norteamericanos) había comenzado prácticamente al día siguiente del tancazo.

Una semana antes del golpe, mientras que el impulso hacia la coordinación de sectores obreros más combativos tomaba cuerpo, cuando la tentativa de allanar la fábrica SUMAR había fracasado frente a, por primera vez, una resistencia armada de los obreros (y a la movilización de la población del cordón local), los cordo-

nes industriales y otras organizaciones proletarias de Santiago de Chile organizarán una manifestación para celebrar el tercer aniversario de la victoria de la U.P. En esta ocasión una «carta», redactada bajo la influencia de la extrema izquierda, fue enviada al «*camarada presidente Allende*»; en ella se decía: «*Ayer temíamos que la marcha hacia el socialismo se iba a transformar para desembocar en un gobierno de centro reformista, democrático-burgués que tenderá a demobilizar a las masas o a conducir las acciones insurreccionales de tipo anarquista por instinto de conservación. Pero hoy nuestro temor no es ese, tenemos ahora la certeza que no sólo nos arrastran por el camino que va hacia el fascismo sino que nos han quitado todos los medios para defendernos. (...) En este país no habrá una guerra civil, dado que la misma se encuentra en pleno desarrollo, sino una masacre fría, planificada*». Para contrarrestar esta perspectiva, la carta exigía a Allende de colocarse a la cabeza del «*ejército sin armas*» que constituían los cordones industriales.

No pudo haber ilusión más mortífera. Luego que un grupo de varias decenas de marineros denunciaba semanas antes el haber sido torturados por haberse opuesto al tancazo, Allende, para no chocar con los jefes de la marina, se había negado a apoyarlos declarando que se trataba de «*elementos de extrema izquierda que actuaban conjuntamente con la extrema derecha*». Por su parte, el jefe del Partido Comunista reafirmaba su apoyo al ejército: «*Nosotros continuamos sosteniendo el carácter absolutamente profesional de las Fuerzas Armadas*». En Agosto, el general Prats había demisionado de su puesto de ministro del Interior y de jefe del estado mayor (seguido por los otros militares en el gobierno) luego de la ruptura de las discusiones entre la U.P. y la Democracia Cristiana. Para remplazarlo, Allende nombra a otro militar, escogido por sus «*convicciones democráticas*», un cierto ... Pinochet. Comenzada con el acuerdo de la burguesía y afirmando solemnemente su respeto al ejército, la «*vía chilena al socialismo*» lograba así fatalmente poner la suerte del proletariado y las masas entre las manos de sus verdugos.

* * *

A la izquierda de la U.P. existían diversas organizaciones que se afirmaban revolucionarias. La más importante era el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario). Grupo de orientación guerrillista, criticando al electoralismo y reformismo de la U.P., el MIR había llamado a la abstención luego de las elecciones presidenciales de 1970. Su apoyo a las reivindicaciones y luchas le permitió ganar influencia entre las capas más radicales de la clase obrera y de los campesinos sin tierra. Pero desprovisto de todo programa marxista verdadero y pringado de

prejuicios populistas, este se muestra incapaz de oponerse a la U.P. y defender una orientación de clase. Pese al odio que su apoyo a las luchas inspiraba los sectores más a la derecha de la U.P. como el Partido Comunista, este se le acerca (¡al punto de aportar guarda espaldas a Allende!). Ni la represión del movimiento Mapuche donde intervenía activamente, ni el asesinato de uno de sus militantes por parte del PC lo decidirán a romper con el gobierno y la U.P. a la cual esperaba desde siempre, y a pesar de todo, empujar hacia la izquierda. Su «*apoyo crítico*» a la U.P. lo llevó inevitablemente a oponerse a las luchas obreras cuando estas entraban demasiado en oposición con la política de los reformistas; es así como el MIR condenó también a la gran huelga de mineros de El Teniente (acusados de hacer el juego a la oposición al gobierno); es así como, en las semanas precedentes al golpe, este condena la constitución de «*coordinaciones de cordones*» por las corrientes proletarias más radicales en nombre de la unidad con la C.U.T. y para preservar las posibilidades de unión con el PC. Cuando en los últimos tiempos, el gobierno dejaba que el ejército lo persiguiera, el MIR esperaba todavía convencer a la U.P. de desencadenar la lucha contra la reacción. El mismo día del golpe de Estado, el MIR participaba a una reunión con el PS y el PC para organizar la resistencia armada. El PC rechazó organizar cualquier iniciativa que se presentara pretextando que iba a esperar primero de saber si los golpistas iban a... cerrar el Parlamento. El PS llegaba con 2 horas de retraso (¡era la hora del des-ayuno!) y las discusiones se eternizaban cuando el ejército rodeó el sitio de la reunión, obligando a los participantes a huir (cf MIR, «*Courrier de la resistance*» n° especial, Mayo 1975).

Congénitamente incapaz de romper con el reformismo, el revolucionarismo pequeño-burgués - el centrismo - tampoco pudo aprender nada de los acontecimientos. A pesar de la fatal experiencia de la política criminal del reformismo estigmatizado por él mismo, luego del golpe de Estado el MIR adhería al frente popular del PC y PS y proponía extender esta alianza a los partidos burgueses democráticos. Concretamente esta decisión no tenía ninguna importancia, dado que la dictadura de Pinochet habría de aplastar por decenios a todo el movimiento proletario en Chile; pero políticamente la misma era el reconocimiento de que el MIR no fue jamás en los hechos sino una cobertura de izquierda del reformismo contra-revolucionario.

La lección de los trágicos acontecimientos de Chile no es original, aún cuando los marxistas deben recordarla en cada giro de la historia; para retomar la fórmula de Trotsky, en el enfrentamiento inevita-

(sigue en pág. 6)

SUMARIOS DE «EL PROGRAMA COMUNISTA» Organo del partido comunista internacional

No 41 - Noviembre 1990

- Programa comunista reanuda su publicación. - Imperialismo, chovinismo, antimperialismo de clase. - La reconquista del patrimonio teórico y político de la Izquierda comunista pasa también con la reapropiación de la praxis del partido correcto. - *¿Que significa hacer el balance de las crisis del partido? (1)*. - Lo que distingue a nuestro partido. - El programa del partido comunista internacional.

No 42 - Septiembre 1992

- En el este: Detrás la omnipresente reivindicación de la democracia, madura a pesar de todo la reanudación de la lucha proletaria de clase - *Siguiendo el hilo del tiempo: Iglesia y fe, individuo y razón, clase y teoría* - *¿Que significa hacer el balance de las crisis del partido? (segunda parte)* - Una nueva publicación del partido en francés: «*Bilan d'une révolution*»

No 43 - Diciembre 1995

- La burguesía ha celebrado la «*Liberación*» y el fin de la guerra mundial - El capitalismo soviético en crisis (1) - *Siguiendo el hilo del tiempo: ¡Para poner los puntos sobre las íes!* - A la memoria de un compañero de la vieja guardia: Riccardo Salvador.

No 44 - Septiembre 2001

- ¡ A los proletarios de hoy ! ¡ A los camaradas de mañana ! - La guerra imperialista en el ciclo burgués y en análisis marxista (1) - Siguiendo el hilo del tiempo: Brújulas locas - En defensa de la continuidad del programa comunista (6): Tesis características del partido (1951) - El capitalismo soviético en crisis (Fin) - Volante: ¡ No a la intervención imperialista en Yugoslavia ! ¡ Abajo todos los nacionalismos y todas las opresiones burguesas ! - Volante: Respuesta a «*Rouge*», a «*Le Monde*», a «*de Figaro*», a «*Libération*», etc. Auschwitz o la gran coartada: lo que nosotros negamos y lo que nosotros afirmamos.

Sumario del próximo número 45 de «El programa comunista»

- Irak es el mundo - ¡ Internacional y mundial es el capitalismo; Internacional y mundial sera la lucha proletaria anticapitalista de clase ! Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable (1965) - Auschwitz o la gran coartada - ¡ El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado ! - Chile, a treinta años de distancia - Los Estados Unidos de América en el límite de dos épocas - La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (2) - Los fabricantes de íconos a la obra: Creación de la Fundación Amadéo Bordiga

Chile, a treinta años de distancia

ble que tarde o temprano la opondrá a la clase dominante y su Estado, la clase obrera no puede esperar vencer sin partido o con un sucedáneo de partido. Si ella quiere evitar de ser conducida a la masacre, tiene que romper completamente con todas las fuerzas ligadas, de lejos o de cerca, a la burguesía y sus instituciones; le es preciso combatir a todos los falsos amigos llámense «obreros», «socialistas», «comunistas», «revolucionarios» u otros, que recomiendan la reforma o la democratización de las instituciones

existentes, a todos aquellos que la llaman a la unidad interclasista «popular» «democrática» o «nacional»: todos estos son sus adversarios de clase o agentes de sus adversarios.

La sólo vía real al socialismo, el único camino para poner fin a su miseria, a la explotación y represión capitalistas, no es nacional, sino internacional: es la vía que comienza por la organización independiente de clase, por la constitución del partido de clase armado del programa comunista verdadero; es la vía de la lucha abierta y cotidiana contra los patronos y el Estado burgués, quien llegado el mo-

mento puede alzarse por la toma del poder y la instauración de la dictadura del proletariado; es la vía de la lucha política no ya popular sino proletaria, tampoco patriótica sino internacionalista, resuelta y abiertamente **anti-capitalista**, única capaz de arrastrar detrás de la clase obrera a todos los explotados y oprimidos al asalto del Estado burgués.

Todo el resto es pura propalación de engaños, consciente o no, para el sólo provecho de la burguesía y sus asesinos.

(«le prolétaire», N° 468, Agosto-Septiembre 2003)

El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares

Delante de la tragedia de proletarios y campesinos chilenos, ni los partidos de «izquierda» de otros países, ni los residuos de los partidos chilenos en el exilio han creído bueno someter a la crítica las orientaciones esenciales de la «Unidad Popular». ¡Hasta han reconstituido el borrador de una coalición análoga; peor todavía, si críticas han habido, estas han sido dirigidas contra los errores extremistas de ... Allende, culpable en opinión

de estos «expertos políticos», de no haber suficientemente ampliado los límites de la coalición gubernamental y de su base de apoyo en dirección de los grupos burgueses más importantes (como la Democracia Cristiana) y el ejército, o más aún de no haber tomado suficientemente en cuenta la necesidad de no buscar a la pequeña burguesía ni tampoco a ... los latifundistas!

Lejos de aportar el socialismo a las masas (un «socialismo» sin toma de poder, sin destrucción de la máquina de Estado burguesa, ni remplazo por una república obrero-soviética, etc.) y mucho menos de «vencer definitivamente el fascismo» - y sabemos que es con esta finalidad que habían sido nombrados a ciertos responsables militares al gobierno de la U.P.) Al contrario, la Unidad Popular ha aportado a los trabajadores chilenos la dominación feroz de Pinochet y de sus torturadores. No sólo la U.P. nada ha hecho por prevenir el golpe de Estado, sino que ha impedido toda resistencia por parte de los obreros y campesinos desarmándolos sistemáticamente. No obstante, a los ojos de los sedicentes «jefes» actuales del movimiento obrero, todos estos hechos no parecen deber justificarse que se reconsidere esta táctica, **sino sólo para acentuar sus aspectos más característicos y desastrosos.**

En efecto, el **Frente Popular**, siendo la U.P. su enésima aplicación, se convirtió en la orientación táctica esencial de los partidos que se dicen «comunistas» actuales: esta «gran experiencia anti-fascista» constituiría, según sus «teóricos», una adquisición histórica irrevocable y definitiva, las premisas de todo progreso concreto del movimiento obrero.

En realidad, el Frente Popular se funda sobre presupuestos que han conducido ya en muchas ocasiones al proletariado a la masacre, y que han frenado, o incluso impedido totalmente la reanu-

dación del movimiento, incluso, muchas veces durante largos periodos históricos. La filosofía del frente popular es la misma que la de los «burgueses disfrazados en tribunos» a los cuales, ya en 1851, Blanqui, en perfecto acuerdo con Marx, atribuía la responsabilidad de la derrota proletaria de Junio de 1848 en París («¿Cuál escollo amenaza a la revolución de mañana? El escollo en que se destruyó ayer, la deplorable popularidad del burgués disfrazado en tribuno (...). ¡Las armas y la organización, he aquí el elemento decisivo del progreso, el instrumento serio para terminar con la miseria! ¡Quién tiene hierro, tiene pan. Nos hincamos frente a las bayonetas, barremos el tropel desarmado (...). En presencia de los proletarios armados, obstáculos, resistencias, imposibilidades, todo desaparecerá. Pero los proletarios que se dejen entusiasmar con paseos ridículos por las calles, con plantaciones de árboles de la libertad, con frases sonoras de abogado, primero habrá agua bendita, luego injurias, y al final ¡la metralla, la miseria, siempre!»).

La filosofía del Frente Popular, es también la de los populistas degenerados o mencheviques, con su culto a la «democracia revolucionaria», lo que significa en los hechos la defensa de los intereses de los burgueses y terratenientes, bajo el pretexto bien conocido de «no atemorizar a la burguesía». Es evidentemente la política de la social-democracia podrida, la que se ha traducido por la

«Unión Sagrada» en la guerra imperialista, y contra la cual se dirigió la III° Internacional de Lenin.

Pero es también y sobre todo la filosofía del estalinismo, destructor de la III° Internacional, asesino de los compañeros de Lenin, «organizador de derrotas» proletarias: 1927 en China, 1936-39 en España (y en Francia), y más recientemente [estamos en 1975, NdR] en Indonesia la masacre de obreros y campesinos (gracias a las luces del «pensamiento Mao-Ze-dong»), he aquí algunos ejemplos de los efectos del frente popular estalinista, y post-estalinista.

«Cualquiera que sea la dificultad que tengamos en creerlo, escribía Trotsky en 1936, no menos cierto es que algunos cínicos tratan de justificar la política del Frente Popular reclamándose de Lenin, el cual, parece ser, ha demostrado que no se puede pasar de los 'compromisos' y en particular de los acuerdos con otros partidos.

Lenin comenzó su tarea en la Rusia zarista, donde no sólo los obreros, campesinos, intelectuales, sino también vastos sectores de la burguesía combatían el antiguo régimen. Si de una forma general una política de frente popular hubiese podido justificarse, esto se hubiese hecho en un país donde no se hubiese realizado la revolución burguesa. Señores, los falsarios harían bien en indicar ¿en cuál fase, en cuál momento, y en qué circunstancias el partido bolchevique ha realizado en Rusia un

simulacro de frente popular? ¡Que se devanen los sesos, que busquen en los documentos históricos!

Los bolcheviques han pasado acuerdos de orden práctico con las organizaciones revolucionarias pequeño-burguesas para el transporte clandestino común de escritos revolucionarios, a veces para la organización en común de una manifestación en la calle o para responder a las bandas pogromistas. Luego de las elecciones en la Duma, recurrieron, en ciertas circunstancias, y en segundo grado, a bloques electorales con los mencheviques o con los socialistas revolucionarios. Es todo. Ni 'programas' comunes, ni organismos permanentes, ni renunciación a criticar a los aliados del momento. Este género de acuerdos y compromisos episódicos, estrictamente limitados a fines precisos —Lenin no tenía en vistas sino estos— no tenían nada en común con una política de ostentación, de declamación y de polvo en los ojos. A las primeras pruebas serias, el frente popular se partirá y todas sus partes constitutivas saldrán con resquebrajaduras. La política del frente popular es una política de traición.

La regla del bolchevismo en lo que concierne a los bloques era la siguiente: ¡Golpear juntos, marchar separados! La regla de los jefes de la Internacional Comunista de hoy es esta: ¡Marchar juntos, ser batidos separadamente! ¡Que estos señores se aferren a Stalin y Dimitrov, pero que se las arreglen por dejar a Lenin en paz!

Es imposible no indignarse cuando leemos las declaraciones de los vanidosos jefes que pretenden que el frente popular 'salvó' la Francia del fascismo; en realidad, esto quiere decir simplemente que nuestros atemorizados héroes se salvaron por haberse confortado mutuamente de un pavor más grande. ¿Por cuánto tiempo? Entre el primer levantamiento de Hitler y su llegada al poder, han pasado diez años entre flujos y reflujos. En la época, los Blum y Cachin [social-demócratas y estalinianos, NdR] alemanes proclamaron muchas veces su 'victoria' sobre el nacional-socialismo. No les hemos creído, y no nos hemos equivocado (...). La lucha (...) contra el fascismo y la guerra - por la paz, el pan, la libertad y otras bellas cosas - es o bien un simulacro o bien una lucha por derribar al capitalismo»

El rol que han jugado en el pasado los Louis Blanc, luego de los social-demócratas, hoy están los estalinistas y sus herederos que lo asumen desde 1926. Como los social-demócratas, estos han basado su política sobre la conservación del orden capitalista, por medio de alianzas entre la burguesía y el proletariado con pretensiones más o menos reformis-

tas, sin vacilar en el momento (siempre como social-demócratas) de ir a reprimir con la más grande energía contra-revolucionaria a los sectores obreros «incontrolables» y las minorías de vanguardia, desde los bolcheviques auténticos hasta los centristas de izquierda o no (tipo POUM), si fuera necesario.

Semejante política de conservación burguesa ha logrado en definitiva, a escala mundial, la conservación del **Statu Quo**.

En los países atrasados, pese a sus pretensiones reformistas, anti-feudales, anti-imperialistas, esta converge objetivamente con el imperialismo impidiendo la destrucción de estructuras arcaicas fosilizadas y el nacimiento de naciones burguesas modernas, como lo muestra ampliamente «la experiencia chilena» y como lo ha mostrado en forma resplandeciente el ejemplo de la China en 1926.

En los países capitalistas desarrollados, sus pretensiones anti-fascistas (el fascismo, reacción burguesa en el sentido más completo del término, siendo identificado en la ocurrencia como una reacción ... feudal), resisten menos todavía a un análisis crítico serio, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico. Desde Marx, esto es un punto adquirido e indiscutible como el proceso de desarrollo económico del capitalismo es un proceso de concentración y de centralización del capital que viene acompañado de un reforzamiento de los antagonismos de clase y de la lucha de clase. Las dos líneas, la línea económica y la línea social, estrictamente entrecruzadas, imponen a la burguesía de hacer más rígida y concentrar su potencia política para reaccionar contra la disgregación del sistema y contra el estallido de la lucha de clase proletaria. El fascismo no puede, pues, ser combatido y abatido que por los métodos de la lucha revolucionaria proletaria. Tratar de oponerse manteniendo al capitalismo no puede significar sino dos cosas: por una parte se trata de impedir la explosión de la lucha de clase, por otra se asume - en la medida en que se puede - las tareas mismas del fascismo. Para demostrar que el fascismo es superfluo, los estalinistas, con sus frentes populares, han desarmado e impedido el armamento de los proletarios y asesinado la revolución; bajo la presión de los antagonismos sociales objetivos y de una crisis creciente, han terminado por librar a la clase obrera con las manos atadas al fascismo.

En las antípodas de la política de frente unido por la base, lo que significa la creación de una unidad de acción de todos los obreros independientemente de su filiación política para defender contra la ofensiva capitalista sus condiciones de vida y de lucha en el plan económico, político y militar - defensa que no es

realizable si no existen los métodos de la lucha de clase y que constituye una base favorable para el acrecentamiento de la influencia comunista en las filas del proletariado - la política de frente popular es una política de capitulación total y sin condición delante del enemigo. En este sentido, - tan paradójico como pueda parecer - la política del «social-fascismo» o del «tercer período» no se distingue, en su esencia renunciadora, de la política del frente popular; a parte del hecho que no fue más que un giro empírico en el cuadro de una línea ecléctica en zig-zag, la cual desemboca en forma igual de empírica y ecléctica en el anti-fascismo más vulgar, la política estalinista de «izquierda» con respecto a los social-demócratas y demócratas «en general» en el curso de los años que inmediatamente precedieron a 1933, implica la renuncia al frente más elemental de auto-defensa de los obreros, el abandono, a través de la decesión de los sindicatos, de grandes masas de las manos de la social-democracia ya capitulacionista, más la adopción, en lo que concierne a la colaboración de clase, de una posición inusitada, la del apoyo indirecto e incluso directo al nacional-socialismo. (Hoy en día hay también una **tercera** variante: se invita directamente al frente popular a los fascistas «arrepentidos», a los Spínola en Portugal, a los franquistas y carlistas que se han fabricado una virginidad con la España de la futura «reconciliación general» ¡con la cual sueña Carrillo, el jefe del PCE!). [Y que hoy, 2003, se cumple plenamente, NdR]

La tragedia chilena vuelve una vez más a confirmar dolorosamente el carácter desastroso de la política de los frentes populares.

Desgraciadamente, el ABC del marxismo, que permite combatir de antemano tal política en forma inequívoca, no es el patrimonio sino de una ínfima minoría que lucha contra la corriente y que, por esta razón falta (¡hoy!) lazos orgánicos con las grandes masas, así como las fuerzas y los medios necesarios para influenciar y sustraer del yugo oportunista de las capas obreras de cierta impor-

(sigue en pág. 8)

CORRESPONDENCIA

Italia: Il Comunista, C.P.
10835, 20110 Milano - IT

Francia: Editions programme, 3
rue Basse Combalot,
69007 Lyon - FR

Suiza: Editions programme,
Ch. de la Roche 3,
1020 Renens - CH

imprimerie spéciale

El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares

tancia. Pero la tarea de esta minoría - penetrar en cada grieta abierta para el desarrollo de la situación objetiva para trabajar y organizar en partido a los elementos más capaces y combativos - no es

realizable si no existe una claridad y continuidad políticas que reposen sobre una sólida disciplina teórica y programática que se reflejan en una acción apropiadas, sobre la base de enseñanzas estratégicas y tácticas de la lucha de clase.

La solidaridad con el proletariado chileno debe significar en primer lugar actuar en la medida de sus fuerzas, para

evitar que en Chile y otras partes se repita, como muchas veces sucedió en el pasado, «la experiencia chilena».

(Septiembre de 1975)

(1) León Trotsky, «Francia en la encrucijada», 28 Marzo de 1936.

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * * * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios

según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.